



El chico
que siguió
a su padre hasta
Auschwitz

UNA HISTORIA REAL



JEREMY DRONFIELD

Jeremy Dronfield

El chico que siguió a su padre
hasta Auschwitz

Traducción de Anna Valor Blanquer

 Planeta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Boy Who Followed His Father into Auschwitz*

Publicado originalmente en inglés por Penguin Books Ltd, London

© Jeremy Dronfield, 2019

© de la traducción, Anna Valor Blanquer, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: marzo de 2019

Depósito legal: B. 4.312-2019

ISBN: 978-84-08-20567-8

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Impresión: Rodesa

Printed in Spain – Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

ÍNDICE

—

<i>Prefacio</i>	15
<i>Preámbulo de Kurt Kleinmann</i>	19
<i>Prólogo</i>	23

PARTE I

VIENA

1. «Cuando la sangre judía gotea del cuchillo...»	29
2. Traidores del pueblo	57

PARTE II

BUCHENWALD

3. Sangre y piedra: Konzentrationslager Buchenwald	77
4. La trituradora de piedra	98
5. <i>Poema pedagógico</i>	111
6. Una resolución favorable	130
7. El nuevo mundo	149
8. No merecían vivir	165

9. Mil besos	186
10. Un viaje hacia la muerte	211

PARTE III
AUSCHWITZ

11. Una ciudad llamada Oświęcim	225
12. Auschwitz-Monowitz	248
13. El fin de Gustav Kleinmann, judío	258
14. Resistencia y colaboración: la muerte de Fritz Kleinmann	273
15. La bondad de los desconocidos	299
16. Lejos de casa	317
17. Resistencia y traición	335

PARTE IV
SUPERVIVENCIA

18. El tren de la muerte	361
19. Mauthausen	378
20. El fin de los días	396
21. El largo camino hasta casa	416
<i>Epílogo. Sangre judía</i>	425
<i>Bibliografía y fuentes</i>	435
<i>Agradecimientos</i>	447
<i>Notas</i>	451
<i>Índice temático y onomástico</i>	497

«CUANDO LA SANGRE JUDÍA
GOTEA DEL CUCHILLO...»



Los dedos finos de Gustav Kleinmann empujaban el tejido por debajo del prensatelas de la máquina de coser; la aguja traqueteaba, ametrallando la tela con el hilo y trazando una curva larga e impecable. Al lado de la mesa de trabajo estaba el sillón para el que cosía la tela, un esqueleto de madera de haya con tensores de cincha tirantes y relleno de pelo de caballo. Cuando hubo cosido el panel de tela, Gustav lo colocó sobre el brazo del sillón y metió los clavos con el martillo pequeño —simples clavos para el interior, tachuelas con cabeza redondeada de latón para el reborde exterior, muy juntas, como una hilera de cascos de soldado—. Adentro: tac, tac, tac.

Le gustaba tener trabajo. No siempre había suficiente y la vida podía ser precaria para un hombre de mediana edad casado y con cuatro hijos. Gustav era un artesano con talento, pero no un empresario astuto, aunque siempre se las había arreglado bien. Había nacido en una aldea pequeñísima del reino histórico de Galitzia, una provincia del Imperio austrohúngaro, que hoy se divide entre Polonia y Ucrania. Había ido a Viena a los quince años para ser aprendiz de ta-

picero y se había instalado allí. En la primavera del año en el que cumplió los veintiuno, lo llamaron al servicio militar y luchó en la Primera Guerra Mundial. Lo hirieron dos veces, recibió una medalla al valor y, cuando terminó la guerra, volvió a Viena para retomar su humilde oficio y llegó a ser maestro artesano. Se había casado con una chica, Tini, durante la guerra y juntos habían criado a cuatro hijos felices y buenos. Y esa era la vida de Gustav: una vida modesta y de trabajo duro; y, si no era completamente feliz, por lo menos tendía a ser alegre.

Un zumbido de aviones le interrumpió los pensamientos; crecía y se apagaba como si estuvieran sobrevolando la ciudad en círculos. Movidó por la curiosidad, dejó las herramientas y salió a la calle.

Im Werd era una calle concurrida, ruidosa por los golpes de los cascos de los caballos, el traqueteo de los carros y el rugido de los camiones, de ambiente cargado por el olor a humanidad, vapores y excrementos de caballo. Durante un momento de confusión, a Gustav le pareció que estaba nevando —¡en marzo!—, pero era una tormenta de papeles que caían revoloteando del cielo y se posaban en el empedrado y los puestos del Karmelitermarkt. Cogió uno.

¡PUEBLO DE AUSTRIA!

Por primera vez en la historia de nuestra nación, el liderazgo del Estado necesita un compromiso claro con la patria [...].¹

Propaganda para la votación del domingo. Todo el país hablaba de ello y todo el mundo los observaba. Era un acontecimiento importante para todos los hombres, mujeres y niños de Austria, pero para Gustav, como judío, era de vital

importancia: el país decidiría si Austria seguía siendo independiente de la tiranía alemana.

Hacia cinco años que la Alemania nazi miraba hambrienta desde el otro lado de la frontera a sus vecinos austriacos. Adolf Hitler, austriaco de nacimiento, estaba obsesionado con la idea de hacer que su país de nacimiento pasara a formar parte del Imperio alemán. Aunque Austria tenía sus nazis autóctonos, deseosos de que tuviera lugar la unificación, la mayoría de los austriacos se oponían. El canciller Kurt Schuschnigg recibía presiones para darles puestos del Gobierno a miembros del partido nazi y Hitler amenazaba con consecuencias nefastas si no cedía a la presión: obligaría a Schuschnigg a dimitir y lo sustituiría por un títere nazi; a continuación, se produciría la unificación y Austria sería engullida por Alemania. Los 183.000 judíos del país contemplaban esta posibilidad con pavor.²

El mundo estaba muy pendiente de los resultados. En un intento final desesperado, Schuschnigg había anunciado un plebiscito —un referéndum— mediante el cual el pueblo de Austria decidiría por sí mismo si quería conservar la independencia. Había sido una acción valiente, puesto que el predecesor de Schuschnigg había sido asesinado durante un intento fallido de golpe de Estado nazi y, en ese momento, Hitler estaba decidido a hacer lo que fuera necesario para evitar que se llevara a cabo el referéndum. Se había fijado la fecha para el domingo 13 de marzo de 1938.

Había eslóganes nacionalistas («¡Sí a la independencia!») pegados y pintados por todas las paredes y suelos. Y ese día, a falta de dos para la votación, había aviones rociando Viena con la propaganda de Schuschnigg. Gustav volvió a mirar el folleto.

[...] ¡Por una Austria libre y alemana, independiente y social, cristiana y unida! Por la paz, el trabajo y los mismos derechos para todos los que profesen lealtad al pueblo y a la patria.

[...] El mundo ha de ver nuestra voluntad de vivir. Por ello, pueblo de Austria, ¡levántate como un solo hombre y vota sí!³

Esas palabras enardecedoras albergaban significados contradictorios para los judíos, que tenían sus propias ideas sobre el patriotismo germánico. Gustav, que estaba enormemente orgulloso del servicio que había prestado a su país durante la Primera Guerra Mundial, se consideraba austriaco en primer lugar y judío después.⁴ Sin embargo, estaba excluido del ideal de cristiano alemán de Schuschnigg. También tenía reservas acerca de su Gobierno austrofascista. Gustav había militado en el Partido Socialdemócrata de Austria. Con el ascenso de los austrofascistas en 1934, el partido había sido reprimido con violencia e ilegalizado (junto con el partido nazi).

No obstante, para los judíos de Austria, en ese momento, cualquier cosa era preferible a la persecución pública que tenía lugar en Alemania. El periódico judío *Die Stimme* traía este titular en la edición del día: «¡Nosotros apoyamos a Austria! ¡Todo el mundo a las urnas!».⁵ El periódico ortodoxo *Jüdische Presse* hacía el mismo llamamiento: «Los judíos de Austria no han de cumplir con ningún requisito especial para acudir a las urnas en masa. Ya saben lo que eso significa. ¡Todo el mundo debe cumplir con su deber!».⁶

Por medios secretos, Hitler había amenazado a Schuschnigg con que, si no desconvocaba el plebiscito, Alemania tomaría medidas para que no se llevara a cabo. En ese mismo momento, mientras Gustav estaba parado en la calle le-

yendo el folleto, las tropas alemanas se concentraban en la frontera.



Después de echarse un vistazo en el espejo, Tini Kleinmann se alisó el abrigo con unos golpecitos, cogió la bolsa de la compra y su bolso, salió del piso y despertó los ecos de la escalera con sus taconcitos repiqueteando con brío por los peldaños. Encontró a Gustav de pie en la calle, delante de su taller, que estaba en la planta baja del edificio donde vivían. Tenía un folleto en las manos y la calle estaba llena de ellos: en los árboles, en los tejados... Por todas partes. Lo miró y se estremeció. Tini tenía un presentimiento sobre ese tema que el optimista de Gustav no compartía. Él siempre pensaba que las cosas saldrían bien; era, a la vez, su fortaleza y su debilidad.

Tini caminó con paso enérgico por los adoquines hacia el mercado. Muchos de los dueños de los puestos eran campesinos pobres que iban cada mañana a vender sus productos junto a los comerciantes vieneses. Un buen número de estos últimos eran judíos; de hecho, más de la mitad de los comercios de la ciudad pertenecían a judíos, especialmente en esa zona. Los nazis de la ciudad aprovechaban este hecho para sembrar el antisemitismo entre los trabajadores que sufrían por la depresión económica, como si los judíos no la estuvieran sufriendo también.

Gustav y Tini no eran especialmente religiosos. Iban a la sinagoga quizá un par de veces al año para los aniversarios y funerales y, como la mayoría de los judíos de Viena, sus hijos tenían nombres germánicos en lugar de hebreos, aunque seguían las costumbres judías, como todos los demás. A

herr Zeisel, el carnicero, Tini le compró ternera cortada en tajadas finas para hacer escalope a la vienesa; le quedaban restos de pollo para la sopa de la cena del *sabbat*. En los puestos de los campesinos compró patatas y ensalada; luego pan, harina, huevos, mantequilla... Fue avanzando por el bullicioso Karmelitermarkt con la bolsa pesándole cada vez más. Donde el mercado se encontraba con Leopoldsgasse, la calle principal, reparó en las mujeres de la limpieza en paro que pedían trabajo; estaban delante de la pensión Klambouch y del café. A las más afortunadas las recogerían las señoras adineradas de las calles colindantes. Las que traían sus propios cubos con agua jabonosa cobrarían el sueldo completo, un chelín. Tini y Gustav a veces tenían dificultades para pagar las facturas, pero, por lo menos, no había tenido que rebajarse a eso.

Los eslóganes a favor de la independencia estaban por todas partes, pintados por el suelo con letras grandes y gruesas, como si fueran marcas viales: el llamamiento al plebiscito —«¡Decimos sí!»— y la cruz potenziada austriaca. A través de las ventanas abiertas se oía el sonido de las radios con el volumen alto, era música patriótica alegre. Mientras Tini observaba, hubo un estallido de aplausos y pasó rugiendo por la calle un convoy de camiones llenos de adolescentes de las Juventudes Austriacas uniformados, ondeando pancartas de los colores nacionales, rojo y blanco, y lanzando más folletos.⁷ Los transeúntes los saludaron agitando pañuelos, quitándose los sombreros y gritando: «¡Austria! ¡Austria!».

Uno diría que la independencia iba a ganar siempre que no se fijara en las caras hurañas que había entre la multitud: los simpatizantes nazis. Estaban excepcionalmente tranquilos y eran muy pocos, era extraño.

De golpe, la música alegre dejó de sonar y las radios crepitaron con un anuncio urgente: todos los reservistas solteros debían presentarse inmediatamente para el servicio. El motivo, dijo el presentador, era asegurar el orden durante el plebiscito del domingo, pero su tono era inquietante. ¿Por qué iban a necesitar más soldados para ello?

Tini dio media vuelta y volvió a casa por el mercado abarrotado. Pasara lo que pasara en el mundo, por muy cerca que estuviera el peligro, la vida seguía y ¿qué podían hacer, sino vivirla?

בן

Había folletos por toda la ciudad, en las aguas del canal del Danubio, en los parques y en las calles. Hacia el final de la tarde, cuando Fritz Kleinmann salió de la escuela de oficios de Hütteldorfer Strasse, al oeste de Viena, los vio por el suelo y colgando de los árboles. Columnas y columnas de camiones llenos de soldados pasaban rugiendo por la calle en dirección a la frontera con Alemania, a doscientos kilómetros de allí. Fritz y los otros chicos observaron emocionados, como hacen los niños, las hileras de cabezas cubiertas por cascos que pasaban a toda velocidad con las armas listas.

Con catorce años, Fritz ya se parecía a su padre. Tenía los mismos pómulos atractivos, la misma nariz y la misma boca de labios carnosos curvados como las alas de una gaviota, pero, mientras que el semblante de Gustav era dulce, los ojos grandes y oscuros de Fritz eran penetrantes, como los de su madre. Había dejado el instituto y, durante los últimos seis meses, se había estado formando para entrar en el gremio de su padre como tapicero.

Mientras Fritz y sus amigos volvían a casa por el centro de la ciudad, un nuevo estado de ánimo se adueñaba de las calles. A las tres de la tarde, la campaña del Gobierno para el plebiscito se había suspendido debido a la crisis que se avecinaba. No había noticias oficiales, solo rumores de combates en la frontera austro-alemana, de levantamientos nazis en las ciudades de provincias y, lo que era más preocupante de todo, de que la policía vienesa respaldaría a los nazis austriacos si había enfrentamientos. Grupos de hombres entusiastas habían empezado a vagar por las calles; algunos gritaban *Heil Hitler!* y otros respondían desafiantes *Heil Schuschnigg!* Los nazis se hacían oír más, se crecían, y, además, la mayoría eran jóvenes, sin experiencia vital y llenos hasta arriba de ideología.⁸

Ya hacía días que, esporádicamente, se daban situaciones así y había habido ataques violentos ocasionales contra judíos;⁹ pero esta vez era diferente. Cuando Fritz llegó a Stephansplatz, justo en el corazón de la ciudad, donde los nazis de Viena tenían sus sedes secretas, el espacio de delante de la catedral estaba abarrotado de gente gritando, aullando. Solo se oía *Heil Hitler!*, no había cánticos contrarios.¹⁰ Había policías cerca observando, hablando entre ellos, pero sin hacer nada. También estaban observando, apartados, sin dejarse ver todavía, los miembros secretos de las Sturmabteilung austriacas —las SA, las tropas de asalto del partido nazi—. Eran disciplinados y tenían órdenes, su momento no había llegado todavía.

Evitando las aglomeraciones de manifestantes, Fritz cruzó el canal del Danubio hasta Leopoldstadt. Pronto llegó a casa. Sus botas repicaron por los escalones hasta llegar a la puerta 16. El hogar, la calidez, la familia.

El pequeño Kurt estaba de pie en un taburete de la cocina, mirando a su madre preparar la masa de los fideos para la sopa de pollo, la cena tradicional del *sabbat*. Era una de las pocas prácticas tradicionales que mantenía la familia. Tini no prendía velas ni recitaba ninguna oración. Kurt era diferente; con ocho años, cantaba en el coro de la sinagoga del centro y se estaba volviendo bastante devoto. Había hecho amistad con una familia ortodoxa que vivía al otro lado del rellano y era el encargado de encenderles las luces en las noches de *sabbat*.

Era el más pequeño y el más querido. Los Kleinmann eran una familia unida, pero Tini tenía una debilidad especial por Kurt. A él le encantaba ayudarla a cocinar.

Mientras la sopa hervía, él observaba, con los labios entreabiertos, cómo su madre batía la masa a base de huevos hasta que quedaba espumosa y la freía en forma de tortitas finas. Ayudar con los fideos era una de sus labores preferidas en la cocina. El mejor plato era el escalope a la vienesa. Para prepararlo, su madre golpeaba suavemente las tajadas de ternera con un ablandador de carne hasta que quedaban suaves y finas como el terciopelo. Su madre le había enseñado a rebozarlas en el plato de harina, en el de los huevos batidos con leche y, finalmente, en el de pan rallado. Entonces ella los ponía de dos en dos en la sartén con aceite mantecoso burbujeante y el rico aroma llenaba el pequeño piso mientras las chuletas humeaban y se encogían y se doraban. Sin embargo, esa noche olía a fideos fritos y pollo.

De la habitación de al lado —que hacía las veces de dormitorio y sala de estar— llegaba el sonido de un piano. La

hermana de Kurt, Edith, de dieciocho años, tocaba bien y había enseñado a Kurt una cancioncita simpática que se llamaba «Cucú» y que no se le olvidaría nunca. A su otra hermana, Herta, de quince años, le encantaba. Con ella se llevaba menos años que con Edith, que ya era una mujer. En el corazón de Kurt, Herta siempre representaría la belleza y el amor.

Tini sonrió al ver lo concentrado que estaba ayudándola a enrollar las tortitas y a cortarlas en forma de fideos que ella incorporaba a la sopa.

La familia se sentó a cenar bajo el resplandor cálido del *sabbat*. Gustav y Tini, Edith y Herta, Fritz y el pequeño Kurt. La casa era pequeña, solo tenían esa habitación y el dormitorio que compartían todos —Gustav y Fritz dormían juntos, Kurt con su madre, Edith en su propia cama y Herta en el sofá—, sin embargo, era un hogar y allí eran felices.

Fuera, una sombra se cernía sobre su mundo. Esa tarde había llegado de Alemania un ultimátum por escrito que exigía que se suspendiera el plebiscito, que el canciller Schuschnigg dimitiera y que fuera sustituido por el derechista Arthur Seyss-Inquart (un miembro secreto del partido nazi) con un consejo de ministros simpatizantes a sus órdenes. La justificación de Hitler era que el Gobierno de Schuschnigg reprimía a los alemanes austriacos de a pie (*alemanes*, para Hitler, era sinónimo de *nazis*). Por último, la Legión Austriaca, una fuerza de treinta mil nazis, debía volver a Viena para mantener el orden en las calles. El Gobierno de Austria tenía hasta las siete y media de la tarde para obedecer.¹¹

Después de cenar, Kurt tuvo que ir corriendo a la sinagoga para el oficio de la noche del *sabbat*. Le pagaban un chelín cada vez que cantaba en el coro (que sustituían por

una tableta de chocolate los sábados por la mañana), así que era un deber tanto económico como religioso.

Como siempre, Fritz lo acompañó. Era el hermano mayor ideal: amigo, compañero de juegos y protector. Las calles estaban concurridas esa tarde, pero el ruido descontrolado se había apagado y había dejado tras de sí una sensación de que el mal estaba al acecho. Normalmente, Fritz acompañaba a Kurt hasta la sala de billares del otro lado del canal del Danubio —«sabes llegar desde aquí, ¿no?»— y corría a jugar al billar con sus amigos. Esa tarde, sin embargo, eso no sería suficiente. Hicieron juntos todo el camino hasta el Stadttempel.

En su casa, tenían la radio encendida. Un anuncio interrumpió el programa. El plebiscito se posponía. Fue como un golpecito amenazador en el hombro. Entonces, poco después de las siete y media, detuvieron la emisión de música.

—¡Atención! En unos minutos oirán un anuncio de enorme importancia —declaró una voz.

Hubo una pausa, vacía, siseante; duró tres minutos enteros y, entonces, habló el canciller Schuschnigg. Le temblaba la voz por la emoción:

—Hombres y mujeres de Austria, este día nos ha llevado a una situación trágica y decisiva. —Todas y cada una de las personas que estaban cerca de una radio en Austria en ese momento escuchaban atentamente (muchas con miedo, algunas con entusiasmo) mientras el canciller describía el ultimátum de Alemania: Austria tenía que acatar las órdenes de Alemania o sería destruida—. Hemos cedido ante la fuerza —dijo—, porque no estamos dispuestos, ni siquiera en estas circunstancias, a derramar sangre germana. Hemos ordenado a las tropas que no ofrezcan realmente... —dudó—, que no ofrezcan resistencia. —Se le quebraba la

voz. Se recompuso para pronunciar las palabras finales—. Y me despidió del pueblo austriaco con unas palabras en alemán que pronuncie de todo corazón: que Dios proteja a Austria.¹²

Gustav, Tini y sus hijas se quedaron sentados, impactados, mientras empezaba a sonar el himno nacional. En el estudio, sin que el pueblo lo viese ni lo oyese, Schuschnigg se derrumbó y lloró.

בן

Las frases dulces y exaltadoras del «Aleluya», que dirigía el tenor y a las que daban cuerpo las voces del coro, llenaban el gran espacio ovalado del Stadttempel envolviendo las columnas de mármol y los ornamentos dorados de los balcones escalonados con un sonido armonioso. Desde su posición en el coro, en la grada más alta detrás del arca,^{*} Kurt podía ver muy bien la *bimā*^{**} y a la congregación. Había mucha más gente de lo que era habitual, la sinagoga estaba llena hasta los topes; la gente, movida por la incertidumbre, buscaba consuelo en la religión. Sin haber oído las últimas noticias, el doctor Emil Lehmann, un erudito religioso, había hablado emotivamente sobre Schuschnigg, había exaltado el plebiscito y había cerrado con el grito de campaña del canciller ya destituido: «¡Decimos sí!».¹³

Después del oficio, Kurt salió en fila de las gradas, recogió su chelín y fue al encuentro de Fritz, que lo esperaba. Fuera, en la estrecha calle adoquinada, se amontonaba la

* Armario ornamentado en el que se guardan los rollos de la Torá.

** Atril usado por el rabino, orientado hacia el arca.

congregación, que salía de la sinagoga. En el exterior no había muchos indicios de que allí hubiera una sinagoga, parecía parte de una hilera de bloques de pisos; el cuerpo principal estaba detrás de la fachada, encajonado entre esa calle y la siguiente. Aunque Leopoldstadt era entonces el barrio judío de Viena, ese pequeño enclave en el centro histórico de la ciudad, en el que los semitas habían vivido desde la Edad Media, era el corazón cultural de la vida de los judíos de Viena. Se podía ver en los edificios y en los nombres de las calles —Judengasse, Judenplatz—, y su sangre estaba en los empedrados y en las grietas de la historia, en las persecuciones y en los pogromos medievales que los habían llevado a vivir en Leopoldstadt.

Durante el día, el estrecho callejón, Seitenstettengasse, estaba aislado de muchos de los ruidos de la ciudad, pero ahora, en la oscuridad de la noche de *sabbat*, Viena cobraba vida. A poca distancia de allí, en Kärntnerstrasse, una calle larga al otro lado del enclave nazi de Stephansplatz, se reunía una multitud. Los soldados de las SA, con sus camisas pardas, ya libres de poder sacar las armas que tenían escondidas y de ponerse los brazaletes con la esvástica, marchaban. La policía marchaba con ellos. Había camiones llenos de soldados, había hombres y mujeres bailando y gritando a la luz de las antorchas.

Un rugido a pleno pulmón atravesaba la ciudad: «*Heil Hitler! Sieg Heil!* ¡Abajo los judíos! ¡Abajo los católicos! ¡Un pueblo, un Reich, un Führer, una victoria! ¡Abajo los judíos!». Voces fanáticas y brutas cantaban «Deutschland über alles» y coreaban: «¡Hoy tenemos toda Alemania, mañana tendremos el mundo!». ¹⁴ El dramaturgo Carl Zuckmayer escribió que el «inframundo había abierto sus puertas y había escupido a sus espíritus más viles, repelentes e inmundos

[...]. Lo que se estaba desatando era el alzamiento de la envidia, la malicia, la amargura y la venganza ciega y despiadada». ¹⁵ Un periodista británico que fue testigo de aquella procesión la llamó «un *aquejarre* de brujas indescriptible». ¹⁶

Los ecos llegaron a Seitenstettengasse, donde los judíos se dispersaban fuera del Stadttempel. Fritz llevó a Kurt por Judengasse y cruzaron el río. En unos minutos habían vuelto a Leopoldstadt.

Los nazis llegaban, junto con hordas de nuevos amigos de conveniencia, y decenas de miles de ellos inundaban el centro de la ciudad y se dirigían al barrio judío. La marea entraba por los puentes a Leopoldstadt y llegaba en oleadas a Taborstrasse, Leopoldsgasse, el Karmelitermarkt e Im Werd. Cien mil hombres y mujeres gritaban cánticos y rugían triunfales y llenos de odio. «*Sieg Heil!* ¡Muerte a los judíos!» Los Kleinmann estaban sentados en su casa escuchando el tumulto del exterior, esperando a que entrara por la puerta.

Pero no pasó. Durante horas, las masas dominaron las calles, todo ruido y furia, pero sin causar muchos daños físicos. Cogieron por la calle a algunos judíos que habían tenido mala suerte y los atacaron. La gente que «parecía judía» recibió palizas. Atacaron a algunos partidarios de Schuschnigg reconocidos. Allanaron algunas casas y negocios y los saquearon, pero la tormenta de destrucción no cayó sobre Viena esa noche. Sorprendidos, algunos se preguntaron si la naturaleza gentil del pueblo vienés podía llegar a calmar incluso el comportamiento de sus nazis.

Era una esperanza vana. La razón del comedimiento era simple: las SA estaban al mando y eran un cuerpo disciplinado. Su intención era destruir a su presa metódicamente, no con una revuelta. Junto con la policía, que aho-

ra llevaba brazaletes con la esvástica, las SA tomaron el control de los edificios públicos. Los miembros destacados del partido del Gobierno fueron apresados o escaparon. El mismo Schuschnigg fue detenido, pero aquello solo era el preludeo.

La mañana siguiente, las primeras columnas del Ejército alemán habían cruzado la frontera.

Los poderes europeos —Reino Unido, Francia, Checoslovaquia— se opusieron a la invasión alemana de un territorio soberano, pero Mussolini, supuesto aliado de Austria, descartó tomar medidas militares y ni siquiera condenó a Alemania. La resistencia internacional se desmoronó incluso antes de formarse. El mundo dejó a Austria a merced de los lobos.

Y Austria les dio la bienvenida.



Gustav se despertó con el sonido de motores. Un zumbido le había entrado en el cráneo sigilosamente y había ido aumentando de volumen. Aviones. Por un momento, fue como si estuviera en la calle delante de su taller: aún era ayer, la pesadilla todavía no había ocurrido. Apenas era hora de almorzar. Toda la familia excepto Tini, cuya actividad podía oír a lo lejos en la cocina, estaba aún en la cama despertando de sus sueños.

Mientras Gustav se levantaba y se vestía, el zumbido fue creciendo. No se veía nada por las ventanas —solo tejados y una franja de cielo—, de modo que se puso los zapatos y bajó a la calle.

En la calle y por el Karmelitermarkt había pocos signos

de los terrores nocturnos, solo unos cuantos folletos de «¡Vota sí!» pisoteados y apartados hacia los rincones. Los vendedores estaban montando los puestos y abriendo las tiendas. Todo el mundo miraba hacia el cielo y el rugido de los motores sonaba más y más alto haciendo temblar las ventanas y ahogando el ruido de las calles. No se parecía en nada al día anterior, se avecinaba una tormenta. Los aviones se dejaron ver por encima de los tejados. Eran bombarderos. Había decenas volando en formación cerrada y también cazas sobrevolándolos a toda velocidad. Volaban tan bajo que hasta desde el suelo se podían distinguir las marcas alemanas y se podía ver cómo se abrían las puertas de las bodegas de bombas.¹⁷ Una oleada de terror se extendió por el mercado.

Sin embargo, lo que cayó no fueron bombas, sino otra tormenta de papeles, que revolotearon sobre los tejados y las calles. Era un clima político que creaba verdaderos fenómenos meteorológicos. Gustav cogió uno de los folletos. Era más breve y más simple que el mensaje del día anterior. Lo encabezaban el águila nazi y una declaración:

La Alemania nacionalsocialista saluda a su Austria nacionalsocialista y al nuevo Gobierno nacionalsocialista.

¡Juntos en un vínculo fiel e indestructible!

*Heil Hitler!*¹⁸

El estruendo de los motores era ensordecedor. No solo los sobrevolaron los bombarderos, sino también más de un centenar de aviones de carga. Mientras que los bombarderos se ladearon y dieron la vuelta, los otros aviones se dirigieron al sureste. Nadie lo sabía todavía, pero eran aeronaves de transporte de tropas y se dirigían al aeródromo de

Aspern, a las afueras de la ciudad. Era la primera punta de lanza alemana en la capital austriaca. Gustav dejó caer el trozo de papel como si fuera tóxico y volvió dentro.

Esa mañana, el desayuno fue sombrío. De ese día en adelante, un espectro rondaría cada acción, palabra y pensamiento de todos los judíos. Todos sabían lo que había pasado en Alemania durante los últimos cinco años. Lo que no sabían era que en Austria no habría un arranque gradual. Iban a vivir cinco años de terror de golpe, en un torrente frenético.

Venía la Wehrmacht, venían las SS y la Gestapo y los rumores decían que el mismo Führer estaba en Linz y pronto llegaría a Viena. Los nazis de la ciudad estaban como locos de emoción y triunfo. La mayoría de la población, que solo quería estabilidad y seguridad, empezó a dejarse llevar por los tiempos. Las tiendas judías de Leopoldstadt fueron saqueadas sistemáticamente por escuadrones de soldados de las SA, mientras que las casas de los judíos más ricos empezaron a ser asaltadas y desvalijadas. La envidia y el odio contra los que tenían negocios, talleres o profesiones relacionadas con la medicina o el derecho habían ido escalando durante la depresión económica y la burbuja estaba a punto de explotar violentamente.

Había un mito que decía que la naturaleza de los vieneses no era la de hacer política mediante peleas y revueltas callejeras. «El vienés de verdad —decían consternados mientras los nazis llenaban las calles de ruido y de furia— trata sus diferencias en la mesa de un café y va a votar como un ser civilizado.»¹⁹ Pero, cuando llegara el momento, «el vienés de verdad» iría como un ser civilizado hacia el desastre. Ahora el país lo gobernaban los salvajes.

No obstante, Gustav Kleinmann, un hombre optimista

por naturaleza, creía que su familia estaría a salvo. Al fin y al cabo, eran más austriacos que judíos. No había duda de que los nazis solo perseguirían a los devotos, a los abiertamente hebreos, a los ortodoxos... ¿Verdad?

בת

Edith Kleinmann caminaba con la cabeza alta. Como su padre, se consideraba más austriaca que judía. No pensaba mucho en esas cosas, tenía dieciocho años. Durante el día, aprendía sombrerería y quería ser diseñadora de sombreros. En su tiempo libre, se divertía, salía con chicos y le encantaban la música y bailar. Edith era, sobre todas las cosas, una joven, con las motivaciones y los deseos de la juventud. Los chicos con los que salía no solían ser judíos. Esto incomodaba a su padre; ser austriaco estaba bien, pero él creía que uno debía ceñirse a su gente. Si había una contradicción en eso, Gustav no la veía.

Habían pasado unos días desde la llegada de los alemanes. Habían entrado a la ciudad el domingo, el día del plebiscito anulado. La mayoría de los judíos se habían quedado en casa, pero Fritz, el hermano de Edith, temerario como de costumbre, se había aventurado a salir para verlo. Según les había contado, al principio, algunos vieneses valientes habían lanzado piedras a los soldados alemanes, pero pronto fueron superados por la multitud que los vitoreaba y gritaba *Heil Hitler!* Cuando todo el Ejército alemán hizo su entrada triunfal en la capital, liderado por el mismo Adolf Hitler, las columnas parecían no tener final: flotas de limusinas, motos y coches blindados resplandecientes, miles de uniformes y cascos de color gris de campaña y botas

militares dando fuertes pisadas. Las banderas escarlatas con la esvástica estaban por todas partes: las llevaban en alto los soldados, colgaban de los edificios, ondeaban en los coches. Entre bastidores, Heinrich Himmler había llegado en avión y había iniciado el proceso mediante el cual asumiría el mando de la policía.²⁰ El saqueo a los judíos adinerados continuó y se informaba de que había suicidios cada día.

Edith andaba con paso enérgico. Había un altercado en la esquina de Schiffamtsgasse con Leopoldsgasse, donde una multitud se había reunido cerca de la comisaría de policía.²¹ Edith oía risas y vítores. Iba a cruzar la calle, pero ralentizó el paso al ver una cara conocida entre la muchedumbre: Vickerl Ecker, un viejo amigo del colegio. Sus ojos radiantes y ansiosos se encontraron con los de Edith.

—¡Allí! ¡Ella es una!²²

Las caras se volvieron hacia ella. Oyó la palabra *judía* y sintió que unas manos la cogían por los brazos y la lanzaban hacia la multitud. Vio la camisa color pardo de Vickerl y el brazalete con la esvástica. Entonces la hicieron pasar entre la masa de cuerpos apretados y se vio dentro de un círculo de caras maliciosas y burlonas. Media docena de hombres y mujeres estaban a cuatro patas, con cepillos y cubos, fregando el suelo. Todos eran judíos, todos iban bien vestidos. Una mujer desconcertada agarraba el sombrero y los guantes con una mano y un cepillo con la otra y arrastraba el abrigo inmaculado por los adoquines mojados.

—De rodillas.

Le pusieron un cepillo en la mano y la hicieron caer de un empujón. Vickerl señaló las cruces austriacas y los eslóganes de «¡Decimos sí!».

—Borra tu propaganda asquerosa, judía.

Los espectadores se jactaron cuando empezó a fregar.

Entre la gente, había caras que reconocía: vecinos, conocidos, empresarios bien vestidos, esposas estiradas, mujeres y hombres trabajadores... Todos formaban parte del tejido del mundo de Edith y ahora se habían transformado en una masa jactanciosa. Fregó, pero la pintura no se iba.

—Un buen trabajo para los judíos, ¿eh? —gritó alguien, y hubo más risas.

Uno de los soldados de las SA cogió el cubo de uno de los hombres y se lo echó por encima. Le dejó empapado el abrigo de piel de camello. La gente lo celebró.

Alrededor de una hora después, les dieron a las víctimas un recibo por su «trabajo» y permiso para marcharse. Edith fue hacia su casa con las medias rotas, la ropa sucia, esforzándose por contenerse, desbordada por la vergüenza y la degradación.

Durante las semanas siguientes, estos «juegos de limpieza» se volvieron parte de la vida cotidiana en los barrios judíos. Los eslóganes patrióticos resultaron imposibles de quitar y, a menudo, las SA añadían ácido al agua para quemar las manos de sus víctimas y que les salieran ampollas.²³ Por suerte para Edith, no volvieron a cogerla a ella, pero su hermana Herta, de quince años, estuvo entre el grupo al que obligaron a fregar las cruces austriacas de la base del reloj del mercado. También obligaron a otros judíos a pintar eslóganes antisemitas en tiendas y negocios judíos con pinturas de color rojo y amarillo vivos.

La brusquedad con la que la gentil Viena se había transformado era sobrecogedora. Como si, al rasgar la tela suave y cómoda de un sofá que conocemos muy bien, descubriéramos los muelles y clavos afilados que hay debajo. Gustav se equivocaba, los Kleinmann no estaban a salvo. Nadie lo estaba.

Se vistieron todos con sus mejores ropas antes de salir de casa. Gustav llevaba el traje de los domingos; Fritz, los pantalones bombachos de colegial; Edith, Herta y Tini, sus vestidos más elegantes; el pequeño Kurt, un traje de marinero. En el estudio fotográfico de Hans Gemperle, todos miraron la lente de la cámara como si fuera su propio futuro. Edith sonrió incómoda, con una mano posada en el hombro de su madre. Kurt parecía contento —a los ocho años, entendía poco de lo que podían suponer los cambios en su mundo— y Fritz mostró la soltura relajada de un adolescente fanfarrón, mientras que Herta —que acababa de cumplir los dieciséis y ya era una mujer— estaba radiante. Cuando herr Gemperle (que no era judío y prosperaría mucho en los años siguientes) apretó el disparador, capturó la aprensión de Gustav y el estoicismo en los ojos oscuros de Tini. Ahora entendían el rumbo que había tomado el mundo, hasta el alegre Gustav lo sabía. Había sido el deseo de Tini el que los había llevado al estudio. Tenía el presentimiento de que quizá la familia no permanecería unida mucho más tiempo y quería capturar la imagen de sus hijos cuando aún podía.

El veneno de las calles ahora empezaba a emanar de las oficinas del Gobierno y de la justicia. En virtud de las Leyes de Núremberg de 1935, a los judíos austriacos se les despojó de su nacionalidad. El 4 de abril, Fritz y todos sus compañeros judíos fueron expulsados de la escuela de oficios y también perdieron las prácticas. A Edith y a Herta las despidieron del trabajo y Gustav ya no podía ejercer su oficio, le embargaron el taller y se lo cerraron, y se advirtió a la gente que no comprara nada a los judíos. A los que pillaban haciéndolo, los obligaban a quedarse de pie con un cartel que

decía: «Soy ario, pero soy un cerdo. He comprado en esta tienda judía».²⁴

Cuatro semanas después del Anschluss, la anexión forzosa de Austria a Alemania, Adolf Hitler volvió a Viena. Pronunció un discurso en la estación de ferrocarriles del Noroeste —a pocos cientos de metros de Im Werd— ante un público de veinte mil miembros de las SA, las SS y las Juventudes Hitlerianas:

He demostrado a lo largo de mi vida —bramó— que puedo hacer más que esos enanos que llevaban este país a la ruina. Dentro de cien años, mi nombre prevalecerá como el del gran hijo de este país.²⁵

El público estalló en una tormenta ensordecedora de *Sieg Heils*. Lo repetían una y otra vez y su eco se extendió por las casas judías de Leopoldstadt.

Viena estaba cubierta de esvásticas, todos los periódicos estaban llenos de fotografías ensalzando al Führer. El día siguiente, Austria celebraría el tan esperado plebiscito sobre la independencia. Evidentemente, los judíos tenían prohibido votar. La votación fue vigilada con firmeza y controlada de cerca por las SS, y el resultado, que no sorprendió a nadie, fue del 99,7 por ciento a favor del Anschluss. «El resultado ha superado todas mis expectativas», declaró Hitler.²⁶ Las campanas de las iglesias protestantes repicaron durante quince largos minutos y el líder de la Iglesia evangélica ordenó que se oficiaran servicios de acción de gracias. Los católicos permanecieron callados, no muy seguros todavía de si el Führer iba a tratarlos igual que a los judíos.²⁷

Se prohibieron los periódicos extranjeros. Empezaron a aparecer broches con la esvástica por todos lados y caían

sospechas sobre todo hombre o mujer que no llevara una.²⁸ En las escuelas, el saludo de *Heil Hitler* pasó a formar parte de la rutina diaria después de los rezos de la mañana. Había rituales de quema de libros y las SS tomaron el Israelitische Kultusgemeinde (IKG), el centro de asuntos culturales y religiosos judíos que se encontraba cerca del Stadttempel, y humillaron y torturaron a los rabinos y a los funcionarios que trabajaban allí.²⁹ Desde ese momento, el IKG se convertiría en el órgano del Gobierno a través del que se gestionaba «el problema judío» y tendría que pagar una «compensación» al Estado por ocupar sus propias instalaciones.³⁰ El régimen embargó propiedades de judíos por valor de 2.250 millones de marcos imperiales (sin contar casas o pisos).³¹

Gustav y Tini tenían problemas para mantener unida a su familia. Gustav tenía algunos buenos amigos arios en el oficio del tapizado que lo empleaban en sus talleres, pero no muy a menudo. Durante el verano, el dueño de la Lechera de la Baja Austria dio trabajo a Fritz y a su madre repartiendo leche en el distrito de al lado de madrugada, de modo que los clientes no pudieran saber que quienes les llevaban la leche eran judíos. Ganaban dos peniques por cada litro que repartían, lo que suponía cobrar un marco al día —un sueldo de miseria—. La familia subsistía gracias al comedor social para judíos que había en su calle.

Era imposible escapar del nazismo. Grupos de soldados con camisas pardas de las SA y las Juventudes Hitlerianas marchaban por las calles cantando:

*Cuando la sangre judía gotea del cuchillo,
cantamos y reímos.*

Sus canciones llamaban a ahorcar judíos y a llevar a los curas al paredón. Algunos de los que cantaban eran viejos amigos de Fritz que se habían vuelto nazis con una rapidez pasmosa. Algunos hasta se habían unido a la división local de las SS, la 89 Standarte. Las SS estaban por todas partes pidiendo a los transeúntes que se identificaran, orgullosos y complacidos con sus uniformes almidonados y su poder sin límite. El nazismo lo infectaba todo. La palabra *Saujud* —«cerdo judío»— se oía por todas partes. Aparecieron carteles que decían «Solo arios» en los bancos de los parques. A Fritz y a los amigos que le quedaban les prohibieron jugar en las pistas de deporte o entrar a las piscinas —un golpe duro para Fritz, al que le encantaba nadar.

A medida que avanzaba el verano, la violencia antisemita remitió, pero las sanciones oficiales no cesaron y, bajo la superficie, iba creciendo la tensión. Empezó a oírse un nombre aterrador.

—Baja la cabeza y cierra la boca —se decían unos judíos a otros— o irás a Dachau.

La gente había empezado a desaparecer. Primero, las figuras importantes —políticos y empresarios— y, después, los hombres judíos con buenas capacidades físicas fueron secuestrados con pretextos poco sólidos. A veces, se los devolvían a sus familias incinerados. Entonces, empezaron a susurrar otro nombre: Buchenwald. Los *Konzentrationslager* —«campos de concentración»—, que habían sido una característica de la Alemania nazi desde el principio, se multiplicaban.³²

La persecución de los judíos se estaba volviendo absolutamente burocrática. Sus identidades eran un asunto al que se prestaba especial atención. En agosto, se decretó que, si no tenían nombres hebreos, tenían que adoptar un segun-

do nombre —*Israel* los hombres, *Sara* las mujeres—. ³³ Sus documentos de identidad —los llamados *Juden-Kennkarte* o *J-Karte*— debían llevar un sello con una *J*. Una vez le habían puesto el sello al documento, su portador era llevado a una habitación, con un fotógrafo y varios ayudantes, tanto hombres como mujeres. Después de que le hicieran una fotografía de carné, el candidato tenía que desnudarse. Un testigo dejó constancia de ello: «A pesar de su absoluta reticencia, la gente tenía que desnudarse del todo [...] para que la retratasen de nuevo desde todos los ángulos». Les tomaban las huellas y los medían. «Obviamente, los hombres medían a las mujeres. Se medía la fuerza capilar, se tomaban muestras de sangre y todo se escribía y se listaba.» ³⁴ Todos los judíos, sin excepción, tenían que pasar por esa degradación. Algunos echaban a correr en cuanto les ponían el sello, de modo que las SS empezaron a tomar las fotografías en primer lugar.

Cuando llegó septiembre, la situación en Viena era tranquila y empezó a retomarse una vida aparentemente normal, hasta para los judíos dentro de sus comunidades. ³⁵ Sin embargo, los nazis no estaban en absoluto satisfechos con lo que habían hecho hasta el momento. Hacía falta espolear a la gente para que pasara a la siguiente fase de odio hacia los judíos.

En octubre, en Bélgica, tuvo lugar un incidente que auguraba lo que estaba por llegar. La ciudad portuaria de Amberes tenía un barrio judío grande y próspero. El 26 de octubre de 1938, dos reporteros del periódico de propaganda nazi *Der Angriff* llegaron a tierra firme en un barco de vapor de pasajeros y empezaron a tomar fotografías del comercio de diamantes entre judíos. Se comportaron de manera intrusiva y ofensiva y varios judíos reaccionaron con rabia. In-

tentaron echar a los periodistas y hubo un altercado en el que a uno de los alemanes le hirieron y quitaron la cámara.³⁶ En la prensa alemana, el incidente se exageró diciendo que había sido un ataque atroz hacia dos ciudadanos alemanes inocentes e indefensos. Según el periódico más importante de Viena, una banda de cincuenta matones judíos se había abalanzado sobre un grupo de turistas alemanes, los habían golpeado hasta hacerles sangrar y les habían robado sus pertenencias cuando habían quedado inconscientes. «Una gran parte de la prensa belga guarda silencio —decía el periódico echando humo—. Esa actitud es indicativa de la incompetencia de estos periódicos, que no tienen miedo de armar un escándalo cuando un solo judío tiene que hacerse responsable de sus crímenes.»³⁷ El periódico nazi *Völkischer Beobachter* dio un aviso alarmante de que cualquier otro acto de violencia judía contra los alemanes «podría tener consecuencias más allá de sus círculos de influencia, [unas consecuencias] que podrían ser extremadamente indeseables y desagradables».³⁸

La amenaza era clara y la tensión, alta.

A principios de noviembre, los sentimientos antisemitas de todo el Reich buscaban una válvula de escape. El detonante tuvo lugar lejos de allí, en París, cuando un judío polaco llamado Herschel Grynszpan, en un arranque de ira por la expulsión de su gente de Alemania —incluyendo a su propia familia—, entró con un revólver que acababa de comprar a la embajada alemana y le disparó cinco balas a Ernst vom Rath, un funcionario al azar.

En Viena, los periódicos tildaron el asesinato de «provocación atroz».³⁹ Había que darles una lección a los judíos.

Vom Rath murió el miércoles 9 de noviembre. Esa noche, los nazis salieron en bloque a las calles de Berlín, Mú-

nich, Hamburgo, Viena y muchas otras ciudades y pueblos. Los oficiales locales del partido y de la Gestapo eran los maestros de ceremonias y, siguiendo sus órdenes, llegaron las SA y las SS armadas con mazos, hachas y combustible. Los objetivos fueron las casas y negocios que todavía estaban en manos de judíos. Si se interponían, los judíos recibían palizas y eran asesinados sin más. Los soldados de las SA derruían y quemaban todo lo que podían, pero lo que más vívidamente recordaban los testigos era el destrozo de los escaparates y ventanas. Los alemanes lo llamaron *Kristallnacht*, «Noche de los cristales rotos», por los añicos relucientes que cubrían las calles. Los judíos lo recordarían como el Pogromo de Noviembre.

La orden general era que no debía haber saqueos, solo destrucción.⁴⁰ En medio del caos que se desató, la orden fue infringida muchas veces y se robó en las casas y en los negocios judíos con la excusa de buscar armas o «literatura ilegal».⁴¹ Los judíos a los que denunciaban sus vecinos vieron cómo los camisas pardas les invadían la casa, rompían sus posesiones y les cortaban y rasgaban la ropa y el mobiliario. Las madres escudaban a sus hijos aterrorizados y las parejas se abrazaban petrificadas y desesperanzadas mientras les entraban en su casa.

En Leopoldstadt, conducían a los judíos que pillaban en la calle al Karmelitermarkt y les propinaban una paliza. Pasada la medianoche, prendieron fuego a las sinagogas. Los tejados que los Kleinmann veían desde su casa desprendían un resplandor naranja, iluminados por las llamas de la *Polnische Schul*, la sinagoga de Leopoldsgasse. Cuando llegó el cuerpo de bomberos, los soldados de las SA les impidieron apagar el fuego hasta que el magnífico edificio se hubo consumido completamente. En el centro de la ciudad, el Stadt-

tempel, que no se podía quemar porque colindaba con otros edificios, fue destripado y no dejaron más que sus paredes. Destrozaron y violentaron sus preciosos tallados, muebles y su bonita decoración blanca y dorada. Tumbaron y rompieron el arca y la *bimá*.

Antes de que amaneciera, empezaron las detenciones. Miles de judíos —sobre todo hombres en buenas condiciones físicas— fueron secuestrados en la calle o sacados a rastro de sus casas por los soldados.

Entre los primeros a los que cogieron estaban Gustav y Fritz Kleinmann.